

MAQUIAVELO Y EL TACITISMO EN LA ESPAÑA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

JOSE MARIA MARTIN RUIZ

RESUMEN

Maquiavelo es un personaje contradictorio; admirado y objeto del rechazo más generalizado. Las contradicciones se agravan en España por razones religiosas que llevan a identificar maquiavelismo con inmoralidad y ateísmo. Gran conocedor de la realidad sociopolítica de su tiempo, su pensamiento se hace imprescindible, pero su influencia no se puede asumir en una sociedad fuertemente integradora desde el punto de vista moral. Tácito lo suple al no peligrar las tradiciones y los planteamientos morales, aún manteniendo el carácter naturalista. En él se busca la "Buena Razón de Estado", frente a la "Mala Razón de Estado" de Maquiavelo que implica separación e independencia entre política y moral.

ABSTRACT

Machiavelli is a contradictory personality. He is both admired and the object of widespread scorn. In Spain, reasons of a religious nature accentuated these contradictions and led to Machiavelli being associated with immorality and atheism. Well versed in the socio-political events of his time, Machiavelli's thinking becomes indispensable, but a society which strongly favours integration from a moral point of view cannot accept his influence. Tacitus is a good substitute for him here, since traditions and moral views are not endangered, while the naturalistic character is maintained. In him the «Good Reason of State» is pursued rather than Machiavelli's «Bad Reason of State» which involves a separation between politics and morality as well as their independence.

Nicolás Maquiavelo escribió *Del arte de la guerra* para restablecer su patria y restituírle el esplendor de la antigüedad romana. En esta obra aparecen casos prácticos -como impedirle la visión al enemigo con el sol o el polvo, evitar el viento contrario, tener el sol de espalda, etc.-, sin que ello suponga un enfrentamiento a los valores éticos.

Abundando en el pragmatismo el escritor florentino resalta lo siguiente: Al corromperse Roma, el Imperio quedó fragmentado tras las invasiones bárbaras y la virtud no resucitó. En primer lugar porque se tarda tiempo en rehacer un sistema destruido y en segundo, porque las costumbres actuales, basadas en la religión cristiana, no imponen esa necesidad

de defenderse como antiguamente existía. En aquel tiempo bien se ejecutaba a los vencidos, bien se les convertía en esclavos. Los vencidos quedaban sumidos en la más profunda de las miserias. Amedrentados por ese temor, los hombres cultivaban las disciplinas castrenses y honraban a los que sobresalían en ellas. Actualmente ese miedo ha desaparecido (1).

Mientras que para Erasmo la guerra es considerada como un crimen y para Tomás Moro había de llevarse a cabo en legítima defensa, para Maquiavelo teniendo en cuenta su consideración de la condición humana, será legal si es necesaria. Por este motivo, en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* nos dirá: “Como demuestran todos los que han meditado sobre la vida política y los ejemplos de que está llena la historia, es necesario que quien dispone una república y ordena sus leyes presuponga que todos los hombres son malos, y que pondrán en práctica sus perversas ideas siempre que se les presente la ocasión de hacerlo libremente; y aunque alguna maldad permanezca oculta por un tiempo, por venir de alguna causa escondida que, por no tener experiencia anterior, no se percibe, siempre la pone al descubierto el tiempo, al que llaman padre de toda la verdad”(2) . Lo mismo manifiesta en *El príncipe* cuando dice: “los hombres siempre te saldrán malos, a menos que la necesidad les haga buenos”(3). Y en esta obra continúa manifestando: “ Y muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha sabido que existieran realmente; porque hay tanta diferencia de cómo se vive a cómo se debe vivir, que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su salvación: porque un hombre que quiera en todo hacer profesión de bueno fracasará necesariamente entre tantos que no lo son” (4). “Porque de los hombres, en general, se puede decir esto: que son ingratos, volubles, hipócritas, falsos, temerosos del peligro y ávidos de ganancias; y mientras les favoreces, son todo tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, la vida e incluso los hijos -como ya dije antes- mientras no los necesitas; pero, cuando llega el momento, te dan la espalda”(5).

En definitiva, la vida y las circunstancias históricas que Maquiavelo vivía le habían enseñado tanto que fue capaz de romper con toda una tradición, pese a las fuertes connotaciones religiosas, presentar una concepción del hombre y de la política que, en cierto sentido, nos hará recordar, adelatándose en el tiempo, a Tomás Hobbes y su

(1) N. MAQUIAVELO: *Del arte de la guerra*, estudio preliminar, traducción y notas de Manuel Carrera Díaz, ed. Tecnos, Madrid, 1988, página 77.

(2) N. MAQUIAVELO: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, introducción, traducción y notas de Ana Martínez Arancón, libro I, cap. III. Alianza Editorial, Madrid, 1987, página 37.

(3) N. MAQUIAVELO: *El príncipe*, estudio preliminar de Ana Martínez Arancón, traducción y notas de Helena Puigdomenech, cap. XXIII, ed. Tecnos, Madrid, 1988, página 99.

(4) *Ibidem*, cap. XV, páginas 61- 62.

(5) *Ibidem*, cap. XVII, página 67.

posición sobre la maldad natural del hombre -“*Homo homini lupus*”- y la necesidad de un poder fuerte -astuto para Maquiavelo- que contenga sus maldades. A diferencia, sin embargo, del filósofo inglés que habla de un contrato para sacrificar los hombres su libertad a cambio de una convivencia satisfactoria, el florentino sugiere que aunque “todos sabemos cuán loable es en un príncipe mantener la palabra dada y vivir con integridad y no con astucia; sin embargo se ve por experiencia en nuestros días cómo aquellos que han tenido muy poco en cuenta la palabra dada y han sabido burlar con astucia el ingenio de los hombres, han hecho grandes cosas superando al final a aquéllos que se han basado en la lealtad”(6).

El realismo y pragmatismo que lo anteriormente escrito denota y sus propios textos rezuman, son, quizás, las características más peculiares de Maquiavelo y de su obra; no así la inmoralidad debida, no tanto a razones políticas, cuanto a religiosas y a su obra *El príncipe*, más satírica que otra cosa, aunque haya dado lugar al denostado, no real, término de maquiavelismo. Esto puede ayudar a nuestro lector a comprender el hecho de que este trabajo se haya iniciado citando un libro del propio autor eminentemente pragmático y menos conocido e indicado que *El príncipe*.

Maquiavelo no fue un inmoral; la época y las propias circunstancias históricas y sociales lo harían impensable; por otra parte el florentino sería inexplicable si no fuese desde dentro del catolicismo. Sí es en cambio el padre de la literatura política e, incluso, de la ciencia política y esto debe ser digno de ponerse de relieve.

Independientemente del concepto que se tenga de Maquiavelo, hemos de comprender que éste desea recrear Italia volviendo a la antigua Roma y lo que ello significa desde el punto de una política práctica y realista, tras un largo paréntesis medieval, en cuyos dos pilares básicos, el Pontificado y el Imperio, se apiñan los Estados occidentales en un movimiento de vaivén, en el que se intentará alcanzar la unidad mediante el sometimiento del Imperio al Papado o viceversa.

Más tarde, entre la casi ya lejana Edad Media, con el ocaso de su sociedad de Estados Católicos y la pujante Edad Moderna, con el nacimiento de su sociedad de Estados cristianos, que irrumpe con una concepción distinta de la vida, aparecen los elementos del futuro europeo: Estados singulares e Iglesias particulares las cuales se unen al Estado separándose, en ocasiones, de Roma. Referente a esto, no debemos olvidar que en este contexto histórico se mueve Maquiavelo cuando comenta que la causa de que Italia no estuviera unida y no fuera poderosa como Francia o España, la tenía sobre todo la Iglesia,

(6) *Ibidem*, cap. XVIII, página 70.

“pues, residiendo aquí y teniendo dominio temporal, no ha sido tan fuerte ni de tanta virtud como para hacerse con el dominio absoluto de Italia y convertirse en su príncipe, pero tampoco ha sido tan débil que no haya podido, por miedo a perder su poder temporal, llamar a un poderoso que la defiende contra cualquiera que en Italia se vuelva demasiado potente, como se vio antiguamente en bastantes casos, como cuando por mediación de Carlomagno, expulsó a los longobardos que casi se habían convertido en reyes de toda Italia. Y en nuestros tiempos, destruyó la potencia de los venecianos con ayuda de Francia, y luego expulsó a los franceses con ayuda de los suizos”(7).

Sin duda, Maquiavelo es un experimentador muy peligroso, por ello, no son sus ideas las que lo hacen temeroso y odioso, sino el pragmatismo y realismo de sus obras y pensamiento que sintoniza con la época y le convierten en un modelo a imitar, sustituyendo a otras instituciones que desde hacía mucho tiempo venían desempeñando esta función.

La concepción maquiavelista de la política como ciencia separada, por tanto, de la moral choca con el carácter religioso providencialista y la pretensión de una fuerte integración moral en nuestro país, que le llevará a crear, ya en su día, la Inquisición, para evitar cualquier tipo de desavenencia, incluso entre los propios religiosos. Por ello, no es raro que éstos fueran con frecuencia los primeros a controlar y vigilar por la misma institución.

Estas razones religiosas, de una religión tradicionalista católica, que nos aleja del progresismo del resto de Europa, especialmente de los países influenciados por la religión protestante, son las que se argüirán para solventar cualquier situación, incluso política. -La propia política se servirá de la religión para defender y justificar sus actuaciones-. En estas circunstancias Maquiavelo va a convertirse en el exponente fiel de lo que hay que evitar y de la inmoralidad e impiedad. En España, por tanto, el florentino, es el enemigo a batir y será censurado, repudiado e injuriado por nuestros pensadores políticos, bien sea por convencimiento o, simplemente, por necesidad.

Desde este punto de vista cabe interpretar la crítica a Bodin, uno de los escritores que con más fuerza atacó la xenofobia española hacia las minorías marginadas, hecha por Luis del Páramo, apologista y defensor de la Inquisición, al compararle con Maquiavelo.

Ello no significa que todos la asumiesen sin intentar buscar soluciones a esta situación, unos de forma clara y evidente y otros simulándolo, si bien, en ambos casos

(7) N. MAQUIAVELO: *Discursos...*, op., cit., libro I, cap. XII, página 69.

procurando hacerla compatible con las creencias religiosas de la época, para poder ser eficaces y evitar su persecución en una sociedad eminentemente integradora desde el punto de vista moral.

Cabe citar como ejemplo al franciscano Mauroy, a nuestro entender no sospechoso precisamente de ser defensor de una concepción progresista, que le hacía oponerse a cualquier tipo de racismo incluido el de la "pureza de sangre". Él será, precisamente, quien nos advertirá con fuerza del aislamiento de España y el valenciano Fadrique Furió Ceriol quien lo culminará. Este último paladín de la tesis de Maquiavelo en España, defenderá en su trabajo *El Consejo y los consejeros del príncipe*, que el enlace hombre-Dios puede excusar una teología de la historia al negar toda comunicación que haga participar a la divinidad en los temas de los mortales; rebatiendo así el agustinismo político.

El problema del aislamiento de España que se resiste a asumir, por las razones anteriormente comentadas, lo que es su destino normal en aquellas circunstancias históricas frente al resto de Europa que no encuentra ningún inconveniente en reconocerlo y aceptarlo es, al sentir de nuestros críticos, el problema característico de la modernidad que se manifiesta con agudeza en el siglo XVII y se prolonga, a nuestro entender, hasta la época actual. Da la impresión de que existe una cierta reticencia o miedo a abrirse a Europa, cuando no se pretende, como en ocasiones no lejanas, hispanizar a Europa. Tierno expresa este sentir con gran precisión: "el fondo de la cuestión es trágico, si tragedia es la lucha contra el destino inexorable. El destino europeo estaba vinculado a la posición maquiavélica y España, parte de Europa, se obstina en ignorarlo"(8).

De forma similar Abellán refiriéndose a la exigencia por parte de España -siglo XVII- de vivir en un orden internacional configurado desde la forma del Estado absoluto moderno y la resistencia teórica al mismo manifestará: "Aquí encontramos una de las tragedias de la historia moderna de España: el tener que vivir de hecho bajo una forma política -el Estado- en la que, sin embargo, no cree teóricamente. La desviación española de Europa encuentra ahí una de sus razones profundas, y en ello encuentra también muchas veces explicación la ambivalencia que nos es constitucional a lo largo de nuestra historia política: o una afirmación nacionalista a ultranza de carácter reaccionario o un ejercicio muy débil del poder, alimentado por la mala conciencia de unos políticos que hacen algo en lo que no creen"(9).

(8) E. TIERNO GALVAN: *En torno al tacitismo en las doctrinas políticas del siglo de oro español*, en "Escritos (1950-1960)", ed. Tecnos, Madrid, 1971, página 60.

(9) J.L. ABELLAN: *Historia crítica del pensamiento español*, Espasa-Calpe, vol. IV, Madrid, 1981, página 72.

No en vano Maravall, uno de los mejores conocedores y críticos de la España de esta época, especialmente del siglo XVII dirá: “ En general ese siglo XVII es uno de los momentos más apasionantes de la Historia. En él se puede entender la reacción de un gran pueblo ante una nueva época histórica.

En ese tiempo los escritores políticos empiezan a observar y a tener en cuenta la situación histórica concreta que hallan ante sí, y su doctrina tiene, por consiguiente, tal entronque con la realidad que adquiere gran valor para los que más tarde hayan de enfrentarse con circunstancias no menos dramáticas de la existencia humana, en su inexorable dimensión política”(10).

Quizás donde con más nitidez se puede apreciar esta problemática, que a grandes rasgos hemos dejado traslucir, sea en nuestro Barroco, uno de los momentos más interesantes y consustanciales al genio español -que diría Tierno Galván- en el que más podemos aprender en torno al tema, también hoy de actualidad, de la política y sus conexiones con la moral, así como de su solución pese a las presiones de una sobre otra.

La nueva concepción de la naturaleza y de la experiencia, unida al proceso de secularización que se inicia en el siglo XIV con Guillermo de Ockham supone un empuje, no sólo para la Teología que sigue caminos distintos a la ciencia (la mística), sino también para la propia ciencia experimental que no acepta la dependencia de la moral y rechaza igualmente la concepción metafísica y deductiva medieval.

Esto aplicado al campo político se hace notar en una nueva concepción de Estado (el Estado Moderno) que, en cuanto a realidad política, se presenta como una institución regida por leyes intrínsecas (“por la Razón de Estado”) que deben describir su realidad y no preocuparse por valoraciones teológicas que nos llevarían a verlo desde el punto de valoraciones últimas, éticas; es decir, debe preocuparse no tanto por cómo debería ser el Estado, sino por cómo es y se realiza éste.

Estos nuevos planteamientos, propios de una razón ilustrada, chocan con la postura mantenida en España anclada, todavía, en una concepción religiosa y metafísica medieval que sostiene un sistema de valores tradicionales. Ello le lleva a la necesidad de adherirse a dichos principios y tradiciones refiriendo la responsabilidad civil al campo de la moral teológica. La ciencia política -así se seguirá manteniendo en la Contrarreforma- no debería ser otra cosa que un apartado de la Teología moral o de la Ética cristiana.

(10) J. A. MARAVALL: *Teoría Española del Estado en el siglo XVII*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1944, página 10.

Maquiavelo creador de la ciencia y literatura política romperá con las tradiciones y con el providencialismo religioso buscando para el Estado un fundamento puramente racional; por ello, como indica el profesor Tierno Galván, cuanto más se asentaba el tradicionalismo o conforme progresaba “la Historia tradicional nacionalista” más se odiaba a Maquiavelo (11).

Su planteamiento naturalista, secularizado e independiente de lo religioso que llevaba, a veces, a posiciones contrarias a la moral católica será rechazado por los españoles que calificaron al maquiavelismo con las cualidades más vejatorias de la época: naturalismo protestante, ateísmo, infidelidad y desobediencia para con la Iglesia, absolutismo tiránico e, incluso, especialmente por los jesuitas máximos defensores del antimachiavelismo demócrata, en una época en que se defendía la Monarquía de origen divino.

Estos calificativos no responden, en modo alguno, a la realidad. Maquiavelo sería inconcebible sin el catolicismo, y su inmoralismo no es tanto un producto de sus ideas políticas, cuanto de posiciones religiosas por parte de los contrarreformistas que unen los problemas religiosos, políticos y éticos, llegando, incluso, a acusar a los herejes de seguir a Maquiavelo. Esta visión de su doctrina había que calificarla más de maquiavélica que de maquiavelista, no pudiendo atribuirse, como dirá Tierno, a Maquiavelo. Esto mismo defenderá un crítico y tan buen conocedor del florentino, como Villari al manifestar en su trabajo *Nicolás Maquiavelo y su tiempo*: “Nunca ha existido nadie menos maquiavélico que Maquiavelo”(12).

Relativo a esto Luis Paz comenta que “cuando Maquiavelo escribía que el príncipe ha de saber <<entrar en el mal>> ha de saber hacer, para salvar el Estado, el mal éticamente definido, estaba planteando, a un tiempo, las bases para una concepción autónoma de la política y el <<conflicto de conciencia>> de los gobernantes cristianos. El problema de Maquiavelo es un problema axiológico. Saber entrar en el mal supone efectivamente la autonomía de la política respecto de la ética, pero sin perder la conciencia de esta autonomía, ni la idea esencial del mal moral”(13).

Este rechazo a Maquiavelo y las razones del mismo no son nuevos, por otra parte; ya con anterioridad habíamos asistido a reacciones similares frente al averroísmo latino y su teoría de las dos verdades. La reacción de los pensadores políticos del siglo XVII y los contrarreformistas ante el maquiavelismo, fue similar a la de los teólogos medievales

(11) E. TIERNO GALVAN: *Tradición y modernismo*, ed. Tecnos, Madrid, 1962, página 36.

(12) P. VILLARI: *Niccolò Machiavelli e i suoi tempi*, vol. II, cap. IV, Milano, 1927, página 121.

(13) L. PAZ: *En torno a un análisis del tacitismo político*, Boletín informativo de derecho político, número 8, (Diciembre 1971), páginas 133, 134.

frente al averroísmo latino. En realidad hay un cierto paralelismo, pues también Maquiavelo va a sostener, y con bastante frecuencia, la práctica de la doble verdad frente a quienes defendían que la moral cristiana debería regular la convivencia cívica. Para él una es la verdad moral y otra la política que, a veces, no sólo no coinciden, sino que son contradictorias.

La posición maquiavelista no es, posiblemente, ni siquiera ideológica. Maquiavelo es un producto de su época que describe la realidad política y analiza sus consecuencias. Poco a poco se irá imponiendo, incluso entre los sectores tradicionales, ante las nuevas exigencias históricas y la situación política concreta; especialmente en el imperialismo de los austrias que se ve amenazado en su permanencia y demanda la introducción de nuevas medidas modernas que eviten su derrumbamiento. Ello agudizará más el problema de una España que desea ser moderna, pero no quiere romper con la tradición e incluso se sirve de la Inquisición para enfrentarse a las nuevas corrientes cayendo en los mismos errores.

“Maquiavelo -dirá Murillo Ferrol- fue una consecuencia de su tiempo. Tan es así, que la línea más tradicional y ortodoxa de la prudencia política cristiana no podía ya eludir el nuevo cariz que ha tomado la realidad en torno, y le será preciso exigir frente a la <<cativa ragione do stato>> maquiavélica otra de Estado recta o buena”(14).

Gramsci sintoniza con este mismo criterio y manifiesta que el propio Maquiavelo es quien insinúa que aquello que escribe es y ha sido siempre aplicado por los más grandes hombres de la Historia, por lo que no parece hacer sugerencias a ningún príncipe, pues todos ya conocen lo que han de hacer y cómo lo deben hacer en cada momento (15).

Abundando en esta idea Boccalini comenta: “Los enemigos de Maquiavelo consideran a éste como un hombre digno de castigo porque ha expuesto como gobiernan los príncipes y al hacerlo ha instruido al pueblo; ha <<messo alle pecore denti di cane>>, destruyó los mitos del poder, el prestigio de la autoridad, tornó más difícil el gobernar ya que los gobernados no pueden saber tanto como los gobernantes...”(16).

La doctrina maquiavelista poco a poco se va imponiendo como consecuencia de la propia evolución histórica aunque, en cuanto defensora de la política y del carácter

(14) F. MURILLO FERROL: *Saavedra Fajardo y la política del barroco*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1989, páginas 76, 77.

(15) A. GRAMSCI: *Maquiavelo y Lenin. Notas para una teoría política marxista*, ed. Diógenes, México, 1972, página 9.

(16) Citado por A. Gramsci, *Maquiavelo y Lenin...*, op., cit., página 128.

técnico de la misma, llevará a los contrarreformistas a identificar al florentino con los disidentes religiosos y a criticarle en consecuencia, no tanto por sus planteamientos políticos, cuanto por consideraciones morales.

Esta ha de ser, a nuestro entender, la interpretación que debemos dar a las palabras del padre Feijoo al referirse a Maquiavelo: “Todo el mundo abominaba del nombre de Machiavelli y casi todo el mundo le sigue. Aunque por decir verdad no se tomó la práctica del mundo de la doctrina de Machiavelli; antes la doctrina de Machiavelli se tomó de la práctica del mundo”(17).

Se hacen precisas nuevas medidas, pero no es el florentino la persona indicada en nuestro país para ponerse como modelo a seguir. Es, precisamente, esta condena a Maquiavelo la que hará surgir en nuestra cultura la figura de Tácito y el tacitismo. Le unirá a aquél su naturalismo, pero le distanciará una mayor flexibilidad y la posibilidad de integrar las reformas políticas, sin tener que renunciar a las concepciones morales en una teoría que hiciera de la política con moral un medio eficaz en la práctica.

En torno al sentido y significado del tacitismo en España, los autores no se ponen de acuerdo. Será, sin embargo, como anteriormente indicamos, en la condena a Maquiavelo donde ha de encuadrarse la instalación de Tácito en España. Este autor romano, historiador, filósofo y magistral estilista, una vez introducido en nuestra cultura sirvió de medio a los antimaquiavelistas para poner en práctica el procedimiento maquiavelista, aunque dentro de un sistema de derechos y garantías que basado en la moral acreditase la “Buena Razón de Estado”.

Tácito influye tanto en España que hasta se ha comentado que en este país español y tacitista llegan a ser sinónimos. Es de resaltar que su influencia abarcó muchas facetas, desde la política a la historiográfica pasando por la literaria. A este respecto Anmarti Boncompse expresa que “La influencia de Tácito en nuestra literatura presenta tres puntos de vista. Resalta ante todo el enorme ascendiente que tuvo entre los escritores políticos de nuestro siglo de oro..., que presenta dos claras etapas: una de difusión de la obra del historiador latino y de lo que se quería fuera su pensamiento en forma de aforismos o de comentarios: otra es la que, asimilado su espíritu indirectamente, informa a través de sus comentarios la mayor parte de los tratados políticos que aparecieron en esta época...

La técnica y el estilo de Tácito ha dejado también huella en la historiografía española. De rechazo su obra se proyecta en otros géneros literarios...”(18).

(17) B. J. FEIJOO: *Obras escogidas*, BAAE, vol. XXVI, *La política más firme*, párrafo primero, Madrid, 1866, página 8.

(18) F. ANMARTI BONCOMPTE: *Tácito en España*, C.S.I.C., Madrid, 1951, páginas 112, 113.

Para Tierno -con el que coincidimos- existe un paralelismo entre la reacción llevada a cabo por los contrarreformistas hacia Tácito con la realizada a Maquiavelo, pero comprendida desde dos ópticas diferentes: por una parte, son considerados ambos como autores bastante similares y por otra, ante las nuevas exigencias sociales el autor latino sirve para resolver en base a su pensamiento la problemática de la época sin necesidad de beber en el maquiavelismo, que se estimaba una “Mala Razón de Estado”.

Tierno Galván a la hora de estudiar el tacitismo reconoce dos etapas diferentes: una que comprendería hasta el reinado de Felipe II, de carácter predominantemente religioso y otra que comienza al iniciarse dicho reinado de sentido fundamentalmente político.

En la primera etapa desde el campo de la política apenas se observa reacción adversa al respecto, muy al contrario, pues el Emperador Carlos V conoce las ideas del florentino, que al considerarlas útiles se las recomienda a su hijo. La oposición surge por motivos religiosos y sobre todo desde que empezó en 1583 la primera inclusión en el Índice de libros prohibidos tanto los editados en latín como los traducidos a otra lengua o, incluso, los escritos por vez primera en cualquier otro idioma (19).

Por su parte Maravall resalta que la asimilación de Tácito le hizo una prestación notable a los antimaquiavelistas, pues de él se cogerá lo preciso y así se estará en condiciones de entender los fenómenos políticos naturales, en óptima situación, para despreciar el error y la maldad de Maquiavelo (20).

La demarcación cultural de los tacitistas no es uniforme. Abellán la imagina como una manifestación paralela al maquiavelismo engendrada por la influencia del pensamiento italiano en España (21). Otros autores aceptan un matiz peculiar en el tacitismo español. Entre ellos es de resaltar Ferrari que lo relaciona con el erasmismo.

Para Tierno la importancia de Tácito y la originalidad del tacitismo español hay que escrudriñarlas en razones de tipo técnico, formal e ideológico que lo hacen inexcusable, pues sirvió de válvula de escape en lo tocante a la autonomía de la política; fue idóneo para aconsejar a los monarcas en unos momentos en los cuales se admitía que se

(19) Referente a lo anteriormente relatado, es del mayor interés, a nuestro juicio, mencionar el caso de Carrillo, mercader de libros de ocasión en Madrid, el cual tuvo la mala suerte de comprar en 1620, varias obras italianas entre las que se hallaba *La política* de Maquiavelo, que figuraba en el Índice. Por ello, dicho mercader fue al instante llevado a los tribunales de la Inquisición, donde tal obra, además de incautada, fue calificada como la más perniciosa que pudo entrar en España en aquella época. Archivo Histórico Nacional, Archivos de la Inquisición de Madrid, legajo 4436, número 4.

(20) J.A. MARAVALL: *Teoría española...*, op., cit., páginas 382, 383.

(21) J.L. ABELLAN: *Historia crítica...*, op., cit., vol. III, página 102.

sustentaban en súbditos y no en las instituciones e, incluso, por el aporte de sus aforismos al campo histórico (22).

En torno al tema, el Profesor Tierno Galván se fija en Alamos de Barrientos como leal representante de la modernización del tacitismo. Para este autor el fundamento de la Historia es la experiencia y su aplicación a la política debe realizarse siguiendo un método científico riguroso. Así, Alamos procurará lograr que la política se convierta en una ciencia autónoma de la moral, aunque relacionada con ella, reavivando según Tierno “las opiniones de Furió Ceriol”.

(22) E. TIERNO GALVAN: *En torno al tacitismo...*, op., cit., páginas 24, 54, 60, 61, 64.

